

# Textículos refrangibles

Jaime Augusto Shelley



Familiares de los 43 estudiantes desaparecidos de la Normal Rural Isidro Burgos de Ayotzinapa bloquean un camino en Tixtla, Guerrero, antes de la elecciones de junio de 2015 en México. (Fotografía: Oswaldo Ramirez/LatinContent/Getty Images)

HAY TRES TIPOS DE SUJETOS a considerar en México (aunque podría generalizarse a todos los países con democracias burguesas):

1. Los que creen que el proceso reformista que implica concurrir a votar puede cambiar al país.
2. Los que no creen en las trampas reformistas por tener una ideología revolucionaria y se niegan a participar en el engaño.
3. Los apáticos (o ignorantes) que no se interesan en los temas políticos y no votan.

Habría tal vez un subgénero: Los que van con furia y anulan su voto.

La abstención de más del 50% de votantes en las pasadas elecciones, se dice, es común en elecciones intermedias. En todo caso, es la videocracia la que se encarga de la magnificación de los hechos (antes era la prensa escrita). Con su manejo inmediato de los sucesos, los comentaristas dejan aflorar, a veces con vehemencia, a veces con ironía, los perfiles de la ideología que los guía. Se menciona poco las plataformas de los partidos, la significación de los porcentajes de votos o su ubicación. Se personaliza, se individualiza, se caracteriza a los sujetos triunfadores o en vías de serlo, dejando de lado los contextos. Así banalizado, el asunto deja de ser noticia a las pocas horas y se sustituye con alguna noticia (que puede ser prefabricada exprofeso).

Las elecciones se convierten entonces en otro programa más de los muchos, con poco o ningún interés.

Y la vida continúa.

Con pausa, ya que la nueva Cámara de Diputados tomará posesión hasta septiembre, los temas pendientes, sin tener por supuesto ni la más remota idea de lo que se trata. Se obedecerá a las cúpulas. Se establecerán acuerdos. Seguirán las cosas como estaban, con algún matiz cosmético, de acuerdo a nuevas representaciones partidarias. El resultado de la democracia burguesa parlamentaria que hará ver al mundo que todo está bien. Salvo, claro está, los revoltosos de siempre con sus “demandas absurdas”, los crímenes delincuenciales de bandas y de Estado, simuladas estas últimas, la revuelta campesina, por ahora dispersa, la violación de derechos humanos y de gente, la legalización de la privatización del agua (que les urge a las empresas de todo jaez), sin olvidar las gloriosas Fiestas Patrias.

Y la Educación. Oh, la Educación. Tema pendiente.



La mayor parte de mi carrera no he recibido salario o acaso un salario temporal, sin contrato. Las instituciones como el INBA, las universidades de provincia y muchas otras en la ciudad de México pagan por honorarios, de tal suerte que solicitaré mi jubilación como maestro de asignatura en la FFyL con el honroso pago de un salario mínimo (no alcanzo más) por veintitrés años y medio —algunos buenos, otros no tanto— de dar clases en la UNAM.

El nivel de mis alumnos ha decaído tanto que me veo en la fatigosa tarea de tener que explicar la diferencia de géneros literarios, la lectura de textos que debieron leer en secundaria o, a lo más, en preparatoria. No parece importar mucho, dado que la mayoría de los alumnos no se interesan por la literatura como creación artística, sino como cadáveres susceptibles de análisis forenses. Cosas inertes, aptas para su vivisección. Estudian para obtener un título y con ello obtener una plaza como maestros de Lengua y ¡Literatura!, sin el menor interés en crear pasión por la materia y la lectura. Son técnicos, sin formación artística. Y de esta manera se repetirá la aproximación a la materia. ¡Ah, la Educación!

Hace muchos años se propuso dividir los estudios en el periodo terminal entre Letras y Literatura. El proyecto no prosperó. He allí el resultado.

Dejo, pues, mi pasión por la enseñanza debido a la adversidad para desarrollarla a plenitud en un entorno que favorece la tecnificación y hace de lado el amor por el arte, el placer de leer y la formación de sujetos críticos activos en la sociedad.

¿La culpa es de los alumnos? No, en modo alguno. Las tendencias pragmáticas venidas de Estados Unidos en su afán de simplificar “las metodologías” y el acceso a la información —no a la formación— de mano de obra que cumpla con un mínimo de eficiencia a precios bajos nos lleva a “formar” un ejército de servidores y no de participantes en los procesos de la industria y el comercio —y la educación entra en ese espectro—, con inmejorables beneficios para dueños-promotores. No escapan de esa tendencia las instituciones públicas, a veces por ignorancia, otras por orientación vocacional de sus dirigentes, inclinados en su mayoría a las habituales debilidades de quedar bien políticamente antes que a pretender aspirar a un desempeño académico ejemplar. Las élites inamovibles del poder en las instituciones de nivel superior, es clara muestra de ello.

Tenemos, entonces, tres tipos de maestros (y funcionarios) en la educación superior:

1. Los que creen que obedeciendo “programas reformistas” harán un bien a México.
2. Los que se oponen a dichos programas por considerarlos contrarios al cambio radical necesario y son, al menos, puramente cosméticos y sí con obvios fines de control administrativo, sin valor real, dadas las condiciones patéticas en las que opera la mayoría de las escuelas.
3. Los que sin importarles un cuerno actúan desligados de toda participación académica o gremial, y acuden a sus labores, cumplen —cuando cumplen— con sus horarios y programas y se van a su casa o al otro empleo necesario para mal que bien salir del paso y que, siendo un número importante de personas —por llamarles de algún modo—, son el jugoso botín de los poderosos intereses detrás de la mediocridad, la desidia y el mal estado que guarda la mayoría de la población.

La desigualdad en México tiene sus orígenes en la desvergonzada y criminal distribución de la riqueza, eso lo sabemos todos. Y todos lo callamos. No es posible ser un ciudadano ejemplar cuando tienes hambre, enfermedad, y sin horizontes de mejoría.

No, no podemos culpar a los estudiantes. Ellos son el producto de la degradación social, educativa y familiar que vive nuestro país. Son las víctimas, no los victimarios.

Todos somos culpables de esta situación. Las elecciones así lo dejan patente. Más de lo mismo. Pero, me temo, agravado por la falta de soluciones a la vista.

¡Y el salario mínimo! Ya nadie parece acordarse de que es el primer paso insoslayable para la mejoría de millones de mexicanos. Un salario digno, suficiente, no menor, y que no sea devorado por el alza de precios instantánea. 